

# **Estragos de la violencia del Otro en los niños. Análisis textual de la película “El gran cuaderno”**

**Carmen Lucía Díaz L.\***  
**Universidad Nacional de Colombia, Colombia**

## **Resumen**

Buscando la protección de sus hijos ante la guerra, los padres deciden llevar al campo a los hermanos gemelos, a donde la abuela materna. Allí los niños, fusionados el uno al otro, se enfrentan con una violencia impensable y desconocida para ellos, con un maltrato continuo de todos. Su respuesta es formar su cuerpo y su alma para hacerse insensibles a todo tipo de dolor y sentimiento proveniente de los otros y de ellos mismos. Logran su cometido y por esa vía se instala en su subjetividad la crueldad, y con esta una nueva versión de padre, una perversión, que implica un trastocamiento de cuanto los constituía: sentimientos, ideales y valores iniciales. Además de sus prácticas, el gran cuaderno les ayuda a distanciarse de ese real ominoso vivido cotidianamente. Ante el cruce definitivo de los límites subjetivos que los contenían, al propiciar en lo real la muerte de su padre, cruzan la última frontera para lograr lo único que no habían podido superar: su separación, la cual les causaba un dolor infinito.

## **Palabras clave**

Guerra, Violencia, Fusión, Insensibilidad, Separación, Real, Simbólico.

## **Abstract**

With the purpose of protect their children from the war, the parents, decide to take the twin brothers to the country to the maternal grandmother house. In that place, the children fused to each other, face a violence unthinkable and unknown to them, and with a continuous mistreatment of all. Their answer to this situation is to shape their body and their soul to become insensitive to all kinds of pain and bad feelings coming from others and from themselves. They achieve their objective, and by this way cruelty is installed in their subjectivity, and with this, a new version of father, a perversion, which implies a transformation of what constituted them: feelings, ideals and initial values. In addition to their practices, the large notebook helps them to distance themselves from that ominous real life lived daily. Faced with the definitive crossing of the subjective limits that contained them, by propitiating in the reality the death of their father, they crossed the last frontier to achieve the only thing they had not been able to overcome: their separation, which caused them infinite pain.

## **Keywords:**

War, Violence, Fusion, Insensitivity, Separation, Real, Symbolic.

---

\* Psicoanalista. Docente adscrita a la Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, de la Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.

“El gran cuaderno”, película presentada en el año 2013, dirigida por el cineasta húngaro János Sász, y objeto de diversos reconocimientos, entre ellos el gran premio del Festival Internacional Karlovy Vary, nos expone la atrocidad que puede generar, en la subjetividad infantil, la violencia del Otro, la violencia de esa exterioridad que se hace íntima en el sujeto, violencia, que en este caso se hace concreta en la guerra, aunada a la agresividad cotidiana de los vínculos. Esta película se basa en una novela homónima de 1986, que con “La prueba” y “La tercera mentira”, forman una trilogía escrita por Agota Kristof, novelista también húngara, radicada en Suiza.

Dos hermanos, que por el libro sabemos su nombre, Lucas y Claus, pero el director de la película suprime, seguramente para hacer más dramática y evidente su falta de singularidad, son gemelos de aproximadamente 10 u 11 años. Llevan una vida apacible y amorosa en su hogar, en compañía de su madre; residen en un cómodo apartamento de la ciudad, en el que prima el orden, las buenas formas, el afecto, el cuidado, el buen alimento. Es motivo de felicidad de la madre y de los niños la visita del padre de los menores, quien se ausenta del hogar cumpliendo su deber como militar del ejército de una nación en guerra. Son los tiempos de la segunda guerra mundial; corría el año 1944.

Ante el peligro que amenaza a la familia, por los efectos de la guerra que se vislumbran sobre la ciudad que habitan, los padres deciden proteger a los niños, alejándolos de su hogar, decisión tomada “por su propio bien”. El padre, cuyo deseo es mantener a su familia unida a pesar de que las circunstancias exijan la separación de sus miembros, busca enviar a cada gemelo a un lugar distinto, pues considera que pueden separarse, ya que “cada uno debe vivir su propia vida”. La madre se opone a la separación de los gemelos entre sí al considerar que no la soportarían, pues “los conoce bien”, “los dos son uno”, unión que efectivamente hace destino a lo largo de la historia. Los padres optan entonces por llevarlos a ambos adonde la abuela materna.

Los gemelos, que espían a sus progenitores en la noche, saben del deseo de su padre de separarlos, y de la oposición ejercida por su madre; también del dolor de ella por la inminente ruptura familiar, por la separación que debe hacer ella de sus hijos. Igual que su madre, o mejor, identificados con ella, reconocen entre sí lo impensable de ser apartados. Separarlos es mutilarlos, es desmembrarlos, es descompletar su cuerpo y fragmentar su yo, lo explicitan imágenes y principalmente una por ellos dibujada y otra evidenciada por la cámara de los artífices de la película: acostados, sus dos rostros forman uno solo. Sus movimientos y decires al unísono, su idéntica vestimenta, el completamiento de frases del uno por el otro, sus miradas

dirigidas hacia la misma dirección, todo esto da cuenta de su fusión. El uno es espejo del otro, mutuamente cada uno se sostiene en la imagen del otro. Fusión que transluce aquello que significan para su madre: “uno solo”, y que ella deja ver cuando se dirige siempre a los dos en conjunto, cuando los acaricia o abraza simultáneamente, cuando los apera de objetos idénticos, de ropa igual, por nombrar algunos aspectos del lugar de uno solo que ocupan para la madre. Significación causada por su condición de gemelos, pero seguramente también por condiciones psíquicas de la madre.

Antes de la partida de sus hijos, el padre les regala un cuaderno grande pidiéndoles que escriban en él todo lo que les pasa, todos sus pensamientos y experiencias, pues él quiere “saberlo todo, todo”, que “no dejen nada afuera”, señalando que seguirán siendo una familia, “incluso estando separados”. Este cuaderno, que los acompañará desde ese momento, representa a su padre y da nombre a la película; así lo llaman: “el cuaderno de papá”. Es un regalo que deja ver el deseo de dominio y vigilancia del padre sobre sus hijos, saberlo todo, sus pensamientos, sentimientos, acciones..., anteponiendo cierto temor relativo a que sin su presencia ellos se le salgan de su control. Es también un solo cuaderno para los dos, regalo que va en contravía de su deseo de separarlos y de cada uno viva su propia vida, dejando ver la ambigüedad de ese deseo.

Su abuela, cuya existencia desconocen los niños hasta el momento en que son llevados a donde ella habita, vive en el campo, sola, ocupándose de todas las labores rurales, referidas al cuidado de los animales y de la huerta; se gana la vida con la venta de sus cosechas y de sus animales. De ella, su hija, no ha querido saber desde hace más de 20 años; la ha abandonado, no le perdona que le haya arrebatado a su padre, al haberle propinado su muerte, padre a quien tanto quería y quien sería el abuelo de los niños. Ninguna noticia le ha enviado, ni de su matrimonio, ni del nacimiento de los gemelos. A la bruja, así la llaman en el pueblo, no la quiere su hija, ni los lugareños; todos saben que ha envenenado a su marido. Y ahora destila veneno hacia su hija y hacia los niños, que para nada los siente nietos. Domina en la abuela el rencor, la amargura y la dureza, permitiéndose sentir el dolor del abandono y la soledad solamente en momentos de embriaguez.

Entre madre e hija la frialdad es total, solo un breve intercambio de palabras en función de dejar a los niños bajo su cuidado. La madre recibe a la hija con improperios, con el resentimiento por su abandono; y a sus nietos no les da ese estatuto, ni siquiera el de humanos; los trata como animales, como “crías de una perra que ha conservado a dos de su camada y al resto lo ha ahogado”, eso piensa de su hija. Desde la llegada de los

menores, los llamará siempre “hijos de puta”, “bastardos”; ese será su nombre; de entrada se les niega aquello simbólico más propio de cada uno. Será una característica que envuelve a todos los personajes de la trama, ninguno tiene nombre, todos son llamados desde el lugar imaginario que ocupan para el otro, aunque algunos son nombrados desde su función o lugar de parentesco, también desde algún rasgo que caracterice a un personaje. Así, está la madre y el padre de los gemelos, los hijos, la abuela, pero también está la bruja, la perra, los hijos de puta; también está leporina, una vecina cuya peculiaridad es su labio con cicatrices de su hendidura.

El mal trato aparece desde el inicio del vínculo con la abuela, y de ahí en adelante nada será fácil ni gratis para ellos. La madre de los gemelos les pide “ser fuertes” ante los agravios y exigencias de la abuela; solo su fortaleza les permitirá sobrevivir; les solicita además ser buenos y seguir estudiando y aprendiendo “pase lo que pase”; “nada debe detenerlos”. Los deja con dolor en el alma, prometiéndoles escribir y volver pronto. La fusión entre ellos y continua compañía les permite a los gemelos soportar la separación de su madre.

Instalados en el campo deben trabajar ayudando a la abuela para ganarse la comida o para que no los deje en la noche fuera de la casa, a la intemperie y expuestos al frío, como el primer día que allí llegaron. Ella los obliga a comer lo que

prepara, comida que no es del gusto de los menores; los asedia para que actúen con rapidez. También les impone estudiar, aunque ellos lo hacen por su cuenta cumpliéndole la promesa a mamá. Usan para ejercitarse y practicar su memoria los únicos libros que los acompañan, una enciclopedia del padre que llevaron entre sus enseres y una biblia que encontraron en casa de la abuela la cual les permite aprender de memoria los 10 mandamientos.

Escriben en el cuaderno lo que ven, lo que escuchan, lo que sienten y lo que hacen; lo llenan de imágenes no solo de papá, de mamá y de la abuela, también de formas o dibujos de lo que experimentan, o de figuras que a ellos mismos representan. Siguen así el mandato de papá; solo una regla orienta su escritura: “escribir la verdad”.

Inicialmente responden al maltrato de la abuela con la fortaleza que les da su unión y compañía, se rigen por las normas aprendidas en su hogar, y aunque ausentes, papá y mamá están muy presentes. Los guían los valores e ideales hasta ahora constituidos, que los habitan organizando su subjetividad; son dóciles, domina en ellos la bondad, cierta ingenuidad, y a la vez, la sorpresa del maltrato y de la violencia que los circunda.

Duermen ambos en un rincón que más parece un hueco, y que la abuela ha acondicionado como cama, una sola para

los dos. También para ella son uno, inseparables, los nombra de la misma manera y al dirigirse a ellos lo hace siempre en conjunto, con un plural unificado. Cualquier mirada de ellos hacia la anciana es leída por ella como desafío, desafío en el que los niños se instalan, desplegándolo efectivamente. Cualquier desobediencia o contradicción recibe como respuesta un golpe severo. Ningún deseo de ellos es aceptado, y es tomado por “la bruja” como reto o provocación.

Además del maltrato de la abuela, contrariamente al deseo de los padres, la ida al campo expone a los gemelos de modo directo a una desaforada violencia de los otros, no solo de la abuela; se confrontan con la existencia del robo, del ultraje, del abuso, del engaño y de las injusticias en los vínculos humanos, también del asesinato y de la guerra. Se ven envueltos en acusaciones falsas de robo, que desatan contra ellos la violencia de los pobladores. Reciben golpes de muchas maneras: latigazos, patadas, bofetones, jalones de orejas, y no solo de la abuela, también de muchos con quienes tienen contacto; parece que todos se desquitan con ellos.

Frente a la continua exposición a la violencia física y psicológica, de su abuela y de los otros, quedando siempre en la impotencia y como objeto de goce del Otro, objeto de abuso y de daño, deciden entrenar sus cuerpos y su espíritu para “aguantar el dolor sin llanto”, el dolor de los

golpes y la humillación. Practican golpeándose mutuamente con toda su fuerza, hasta reventar sus cuerpos, hasta desmayar y quedar sin aliento. Y no solo se pegan, se tratan verbalmente como la peor escoria. Es la primera lección para insensibilizar su cuerpo ante el golpe físico, pero también para endurecer su alma ante los golpes psíquicos, ante los vejámenes de la abuela y de los otros. Se identifican con quienes los maltratan, convirtiéndose en esos otros para violentarse entre ellos mismos, incorporando en su intimidad la violencia externa. Su cuaderno se va llenando de rayas que representan los ejercicios y los golpes dados.

Con la fortaleza lograda ante el entrenamiento dado en la primera lección, retan con decisión a la abuela, amedrentándola y confundiéndola. También se enfrentan con su vecina, una ladrona quien tiene una madre sorda y muda; a ella golpean y desafían, pero luego serán sus mejores amigos, aprenderán de ella, de Leporina, a robar y a ganarse unas monedas con baratos espectáculos. Paulatinamente los efectos de esa experiencia colmada de intensa agresividad va logrando transformar sus valores e ideales, relativizándose aquello que los había organizado subjetivamente.

A la guerra en pleno también quedan enfrentados. La finca, ubicada en la frontera, les permite reconocer la presencia permanente de militares y guardias que pueden dispararles si se acercan; el pueblo

cercano, asediado por las bombas, también está lleno de militares; ven pasar desfiles de judíos detenidos y son testigos de la violencia hacia aquellos. Reconocen que “es la guerra, y en la guerra la gente se mata entre sí”, dicen. Han aprendido los 10 mandamientos y a la vez son testigos de su transgresión continua por quienes se cruzan en sus vidas: “no robar”, pero advierten las injusticias que llevan a que algunos roben por necesidad, como su amiga leporina, y luego ellos; también observan aquellas injusticias que revelan la expropiación de las pertenencias de los más débiles; “no matar”, pero se percatan que la guerra es un festín de la muerte. De estas experiencias de agresión, de muerte, de bombas, de guerra van llenando su cuaderno. Escriben la violencia con palabras, pero también la dibujan; y paso a paso comienzan a ejercerla.

Desean que nada les afecte, su meta es hacerse insensibles, no tener miedo a nadie ni a nada. Ante las bombas todos corren a esconderse, pero ellos desean enfrentar su miedo exponiéndose a los aviones, practican ser sordos y ciegos, arriesgándose hasta el límite. Sin miedo pueden dominar las situaciones, transformando la impotencia en que han quedado situados por los otros. La guerra, las muertes, las bombas, la sangre, siguen poblando su cuaderno.

Hasta las necesidades más básicas desean controlar y superar. Se ejercitan para aguantar varios días sin comer,

buscando que el hambre no los haga flaquear ni decaer. La experiencia ante el soldado moribundo por el frío y el hambre los reta a dominar lo más vital. “Deseamos conquistar el dolor, también el frío y el hambre”, expresan. Demandan para sí cuerpos bien entrenados para vencerlo todo, para sobreponerse a cualquier pedido del cuerpo y tolerar la crueldad. Y en ese entrenamiento es la crueldad la que se apodera de ellos.

Extrañan los escritos de mamá; ella no ha cumplido su promesa. Pasan semanas, meses y ninguna carta llega; albergan esperanzas cuando se enteran por leporina que el correo está lento y quizás por eso no llegan las cartas. De pronto, descubren que su madre les ha escrito y les ha enviado diverso mensaje que la abuela no les ha entregado, y que ha escondido ropa y alimentos por ella remitidos.

Se conmueven al leer los mensajes de mamá, mensajes de dulzura en los cuales expresa a los niños su amor, su deseo de ir por ellos y la seguridad de no abandonarlos; son emociones que los confunden y desean suprimirlas porque los debilita; y lo que ellos menos quieren es saberse débiles. El deseo que se imponen es la fortaleza ante todo, resistir a cualquier inclemencia, no sentir ningún dolor, ni físico ni del alma, y para lograrlo deben matar los sentimientos que estremecen, estos son sinónimo de perturbación y debilidad.

Los mensajes de la madre, que tanto han deseado, ahora los rechazan con vehemencia y frialdad. Deciden quemar sus palabras dulces, amorosas, aquellas que los señalan como sus tesoros y su alegría, aquellas que hablan de cuánto ella los extraña. Duele recordar esas palabras y no desean que los habite el sentimiento ni que haya asomo de dolor. Pero las palabras amorosas de mamá, de cuánto los quiere “solo a ellos”, insisten en su memoria y ya no quieren saber de estas, las deshacen, las queman también en la intimidad de su ser, pues “duelen mucho”. Desde que se separaron de su madre, nadie los trata como ella, son “escorias, canallas, hijos de puta, cerdos, inmundos”, también “sucios, villanos, ladrones, piojosos, tramposos, perezosos, carroñeros, asesinos, miserables, mendigos”; lo repiten para convencerse de que así son y de este modo quieren identificarse, como lo peor, así como el otro de ahora los nombra.

Ante la barbarie vivida desean cumplir la demanda de la madre: “no se asusten, manténganse fuertes”; pedido que no solo reitera en sus cartas sino que ha formulado desde el principio al dejarlos con la abuela. Ellos buscan acatar al pie de la letra ese mandato. A la formación del cuerpo, enlazan el ejercicio de la formación del alma. Formar el alma es no sentir dolor ni compasión por ellos ni por alguien más.

Y esa formación los satisface. La fortaleza es ahora su ideal y también su

goce. Se aloja en ellos el goce de saberse fuertes, el goce de la violencia, entrenados para resistir también la muerte, no como los otros a quienes ven débiles y adivinan ver morir pronto. Ellos, en cambio, no morirán fácilmente, están bien entrenados para resistir adversidades, ya han vencido el dolor y las necesidades.

El dominio logrado, de su cuerpo y de su alma, los hace dominantes y tiranos con los otros. Entonces, dan órdenes a la abuela, hacen que ella les obedezca y les tema, que reconozca lo crueles que pueden llegar a ser; ella adivina el goce que se ha instalado en los gemelos, “les encanta matar, ¿no?”, les dice ante la verdad que ella evidencia, temiendo correr la misma suerte que han sufrido los animales que ellos han comenzado a matar.

Pues además de entrenar su cuerpo y alma para la fortaleza, también incursionan en “la práctica de la crueldad” con el ejercicio de dar muerte: “no nos gusta matar pero tenemos que acostumbrarnos”, expresan. “Comenzamos con escarabajos, luego pasamos a los peces, los agarramos por la cola y aplastamos sus cabezas contra las rocas, luego matamos animales que no teníamos que matar”; la lista se hace larga, y su crueldad aumenta de modo temerario. ...Y siguen consignando todo en su cuaderno, en detalle, contabilizando con cuidado los muertos que ven caer, cada animal que matan, y son cientos de ellos.

En su encuentro con la sexualidad femenina, con el goce de la mujer, su respuesta oscila entre la sorpresa y la impasibilidad; ocurre en un baño que les organiza la criada del obispo, con el pretexto de asearlos pero deseando seducirlos, utilizándolos para masturbarse. Aunque le hacen saber que no le tienen miedo ni a ella ni a nadie, y que además no ceden a su seducción ni a su placer, la desconfianza y repulsión hacia ella se acrecienta al ser testigos de las expresiones de desprecio que manifiesta a los judíos y de la delación que ella hace del zapatero; él, judío, ha sido una de las pocas personas que los ha tratado con compasión y bondad. Cuando descubren que por esa acusación el ejército ha dado muerte al zapatero, su amigo, hacen concreta la venganza contra la criada utilizando las armas que han robado al soldado que han encontrado muerto por el hambre y el frío.

La venganza hacia aquella mujer se ampara en el goce de la impiedad que en ellos se ha instalado y en el borramiento de los límites que antes guiaban sus comportamientos, goce de la violencia y la maldad que cada vez más se apodera de su intimidad; también se liga al deseo de venganza y al espíritu justiciero que en ellos ha surgido. “Somos conscientes de los que hacemos, sabemos de memoria los mandamientos pero no los acatamos, nadie los cumple, todos matan”. Al buscar la justicia por su propia mano recurren además a palabras que recuerdan de papá

y de mamá: “si alguien hace algo mal necesita castigo. Es la única forma de que aprenda”, decía su padre, y “no tengas miedo, Dios lo ve todo. Él sabrá de los justos”, manifestaba su madre.

Sin embargo, la convivencia marcada por la agresividad crea lazos de afecto y solidaridades. Se conducen cuando encuentran a la abuela casi congelada, caída entre la nieve y sin posibilidad de levantarse; aunque su peso les gana para incorporarla, ambos se ingenian para llevarla de regreso a casa. Escena que se repite ante un infarto que la ha dejado tendida en el suelo. Por su parte, la abuela preocupada en un momento por la desaparición de los menores se alegra al saberlos de regreso y expresa angustia al encontrarlos malheridos, ofreciéndoles cuidados; saberlos vulnerables le permite expresar: “esos hijos de puta son mis nietos”. También ellos comienzan a defenderla, aclarándoles a otros que no es una bruja.

La brutal golpiza que han sufrido de manos de unos militares los deja desfallecientes. Los han descubierto responsables de la explosión que ha quemado a la asistente del obispo, acción que a la vez los delata culpables del robo de las armas del soldado muerto. Los separan ubicándolos en lugares distintos, torturándolos para que confiesen; los militares buscan que cada uno logre dar su versión del atentado propiciado. Malheridos dicen: “no son los golpes los que duelen,



podemos soportarlos, somos fuertes, de acero; pero cuando nos separan es lo más doloroso, casi morimos”. Se salvan al ser rescatados por un militar que ha llegado a vivir en la vecindad de su abuela y se ha hecho amigo de ellos, un militar que los admira por su valor y fortaleza, que ha visto el modo como disciplinan sus cuerpos, y quien ha tenido la intención de seducirlos. Agresividad, protección y seducción se entremezclan.

Las muertes realizadas por ellos pasan luego al campo de lo humano. Sin remordimientos queman la casa de su amiga Leporina, cuando la encuentran muerta, efecto de los excesos sexuales de los soldados, a quienes se ha ofrecido voluntariamente. La madre de la joven les relata lo ocurrido: “murió feliz”, expresando el dolor y la injusticia de su muerte, señalando ser ella quien debería ocupar ese lugar. Descubren entonces que la señora no es ciega ni sorda como les hacía saber a todos. La frialdad de los gemelos es tal, que enseguida le prenden fuego a la cabaña con madre e hija adentro. La abuela, quien observa desde lejos la casa en llamas, reconoce la responsabilidad de sus nietos, pues lo ha visto todo, sin embargo, en connivencia con ellos, expresa su sorpresa e inquietud sobre las causas de la conflagración, adjudicando el hecho a un descuido de Leporina, razón que ellos confirman.

Ante el regreso de su madre se niegan a partir con ella. Ya no son los niños

que ella dejó, han transformado radicalmente su subjetividad, una transformación que consideran sin retorno. Imposible el retroceso de aquello que ahora los constituye, y entonces imposible también la vuelta a casa y la vuelta con mamá; en su cotidianidad y en su intimidad ya se han separado de ella, la han matado. La ley de la violencia, y ante todo la ley organizada por los gemelos, ligada a su insensibilidad, los ha separado de la madre, de esa fusión de tres, ellos y su madre.

Cuando la madre insistía, afuera de la casa, con una bebé en brazos, el cambio de decisión de los gemelos respecto de volver al hogar, la muerte la sobrecoge debido a la explosión de una bomba, y ellos testigos, testigos de la muerte responden con total indiferencia. También asisten a la muerte de la abuela, quien les solicita que la ayuden a morir con un veneno; tarea que cumplen dócilmente y con total frialdad. En ellos se ha instalado el goce de la insensibilidad.

Finaliza la guerra y van quedando solos. Ante el regreso de su padre, buscando a sus hijos, completamente demacrado y con señales de tortura, quien estando en la guerra ha sido tomado en cautiverio, también su respuesta es de apatía y de maltrato, él ya es un extraño para ambos. Ni un atisbo de la alegría que los sobrecogía con su regreso, antes, cuando eran una familia.

“La guerra ha terminado pero no para nosotros”, expresan al quedar solos. Han aprendido todas las lecciones propuestas para enfrentar la violencia de los otros y la guerra. Ya nada los perturba, solo falta una lección, la más importante para ellos, la última: su separación. Está su padre con ellos pero saben que ese no es su lugar; la indolencia de sus hijos lo despide y se empeña en cruzar la frontera, acción peligrosa por estar llena de minas. Pero ellos saben cómo hacerlo y le ofrecen su ayuda, cruce de frontera que también aprovechan para lograr su última lección, la prueba reina de mutuo alejamiento. Sin que su padre lo sepa, deciden que uno de ellos cruzará la frontera con él. Y es un cruce de frontera subjetivo, no solo porque, apunta a su separación, sino que para lograrlo requieren la muerte del padre, él debe operar como puente. Le explican a su padre: “Si haces grandes pasos y en zigzag, hay una manera de cruzar”, a la vez que le ocultan la condición necesaria: “pero tienes que enviar a alguien por delante”.

Ellos actúan en lo real aquello que todo ser humano en su proceso de subjetivación debe operar en lo simbólico: la muerte del padre, que como ley, como padre muerto, sirve de puente, de piso y de soporte para lograr las separaciones necesarias. Sí, operaron en lo real, enviaron a papá adelante, sabiendo de su muerte segura. Y con esta acción el cruce de frontera en ellos fue definitivo, su insensibilidad logró su máxima expresión.

Pero, ¿qué lugar ocupó en su historia y subjetividad el gran cuaderno entregado por el padre?, ¿qué lugar tuvo en ellos su continua escritura, más aún cuando el cuaderno era el representante del padre? A sabiendas de que la escritura cumple una función simbólica, una función de separación y de distanciamiento de lo real, de apaciguamiento de la angustia y, como tal, opera como función paterna, ¿el cuaderno cumplió en ellos esta función? Con seguridad, sí.

Frente a las vivencias violentas, el cuaderno y la escritura les ayudaron a tomar una posición, una posición subjetiva atravesada por la agresividad y el maltrato, donde los valores e ideales que proclaman el cuidado, el respeto, la compasión, por el otro y por sí mismo, se borran y trastocan, se cambian por otros ideales que permiten enfrentar la barbarie continua del otro. El cuaderno permitió que se instalara en ellos otra versión de padre, una *père-versión*, una perversión que da cuenta de los estragos de la violencia; perversión que también está en la base de la separación al fin lograda de los dos, separación impensable inicialmente, y para la cual el cuaderno hace su parte, y al que ya no requieren cuando han logrado todos sus propósitos y se ha instalado definitivamente en ellos la transgresión.